

cas que elevaban ocultamente el agua del río.

Aun privada de monumentos, la ciudad podía asombrar al viajero. Contra la costumbre griega, estaba construída con arreglo á un plano regular, y las calles, perpendiculares ó paralelas al Eufrates, se cortaban en ángulos rectos. La muchedumbre que circulaba por las calles presentaba muestrás de todas las razas asiáticas, que solían distinguirse por los trajes, siendo los indígenas los más elegantes. Ciertos usos extraños admiraban al viajero. Cuando caía enfermo un individuo la familia lo sacaba á la calle. Los transeúntes se le acercaban y le interrogaban acerca de su enfermedad, y si ellos ó sus amigos habían experimentado lo mismo, le indicaban el remedio que habían empleado. Nadie podía sustraerse á este deber caritativo, y el buen Herodoto se maravillaba mucho de la prudente costumbre. Aprobaba también la obligación que tenía toda mujer casada de sentarse una vez en su vida en el templo de Milita, para entregarse á quien la pagara, pero lamentábase de que hubiera caído en desuso la costumbre de subastar á las muchachas núbiles. Se las llevaba en otros tiempos á un lugar destinado al efecto, los hombres las rodeaban y un pregonero las subastaba sucesivamente, empezando por la más hermosa. Estas ventas eran verdaderos matrimonios. Pujaban los hombres casaderos y ricos, pagando las más hermosas, y la gente del pueblo, menos aficionada á la belleza que al dinero, se quedaba con las feas. El pregonero subastaba á éstas, empezando por adjudicar la más fea al que se comprometía á casarse con ella por menos dinero. Este se sacaba de lo dado para las hermosas, de modo que el precio ofrecido por las bellas servía para casar á las feas ó deformes. Nadie podía casar á una hija según su elección, ni nadie podía llevarse á la comprada sin prestar una fianza que respondiese del casamiento.

Cosas más importantes que estas costumbres raras había en Caldea, y así lo comprendían los griegos cuando atribuían á Caldea el origen de una parte de sus ciencias exactas. Era indudablemente exagerado decir (como muchas veces lo dijeron) que sus primeros sabios Ferécides de Sciros, Pitágoras y Demócrito de Abdera, habían estudiado en la escuela de los magos los principios de la filosofía, de las matemáticas y de la teología. Pero los contemporáneos de Alejandro conocían la existencia

de sus famosas bibliotecas de tierra, cada hoja de las cuales era un ladrillo cubierto de escritura y cocido en el horno. Callstenes se mandó traducir ciertas observaciones astronómicas consignadas en ellos, y se las comunicó á su maestro Aristóteles. Esto, de todos modos, fué un caso aislado. El desdén de los griegos hacia el estudio de las lenguas bárbaras les impidió utilizar todo lo posible los documentos amontonados en los archivos de los templos. Fijóse su atención, por otra parte, en asunto más interesante que los métodos científicos de los sacerdotes. Los caldeos tenían antigua fama por sus conocimientos en magia y astrología. La supersticiosa Grecia encontró entre ellos un código completo de leyes é instrucciones que les permitían demostrar los apretados vínculos que enlazan los movimientos del cielo con los sucesos terrestres, explicar la influencia de los astros en los fenómenos naturales ó en los destinos humanos, y vaticinar el porvenir por las posiciones relativas y apariencias de los cuerpos celestes. Se inclinó ante la superioridad caldea en materias de astrología, y los griegos tuvieron el privilegio de explotar los tesoros de equívoca sabiduría almacenados durante siglos. Los profetas, mágicos ó adivinadores de buena ventura en Grecia ó eran oráculos de las orillas del Eufrates, ó fingían serlo para atraer parroquianos. Caldeo y brujo llegaron á ser sinónimos. Pasado un siglo, abrió Beroso un curso público de astrología en Ciro y la magia caldea conquistaba el mundo cuando Caldea exhalaba el último suspiro.

La supremacía indiscutible en aquellas ciencias dudosas no fué la única herencia que egó Caldea al mundo semita. Su idioma le sobrevivió y dominó mucho tiempo en los países sometidos á sus armas. El idioma reinado que usaban los escribas de Nínive y Babilonia para redactar las inscripciones oficiales ya iba siendo una especie de lenguaje noble desconocido para la gente vulgar. El pueblo bajo de ciudades y aldeas hablaba el dialecto arameo, más pesado, claro y prolijo, y éste fué el propalado inconscientemente por los conquistadores. Estaban acostumbrados á deportar desde tiempo inmemorial á los que cogían prisioneros, y á establecerlos en poblaciones recién anexionadas. Reforzados sin cesar estos colonos por grupos de nuevos desterrados, acrecentados por la inmigración voluntaria de las tribus del desierto, que también eran arameas,

su acción fué tan activa, y tan débil la resistencia indígena, que empezaron por preponderar, y acabaron por absorber los restos de los pueblos antiguos. La caída de Nínive y la victoria de Nabuconodosor en Gargamish, sometiendo estos pueblos á la acción directa de sus hermanos residentes en Caldea, aumentaron su potencia asimiladora. La Siria del Norte fué una de las principales residencias de la raza aramea, y casi el Aram por excelencia. Cuando sucedió el dominio persa al caldeo, el arameo no perdió importancia: siguió siendo idioma oficial del imperio de las provincias occidentales y se le encuentra en las monedas del Asia Menor, en los papiros y pilares de Egipto, en los edictos y en la correspondencia de los sátrapas y del rey persa. Substituyó desde Nisib á Rafia, del Golfo pérsico al Mar Rojo, á casi todas las lenguas habladas hasta entonces. El fenicio resistió al principio, y se sostuvo en la costa y en la isla de Chipre, pero el hebreo se fué borrando y desapareció poco á poco al contacto de los dialectos hablados en las colonias próximas á Jerusalén. Sólo persistió como lengua noble de la aristocracia fiel á la antigua disciplina de Judá, y luego como lenguaje literario y litúrgico.

Los judíos; Esdras, Nehemías y la ley mosaica.

Los compañeros de Shesbazzar, libertados por el decreto de Ciro, salieron de Babilonia entre aclamaciones y júbilo universal, pero su llegada á la patria no fué el triunfo soñado por los profetas. Algunas familias se alojaron como pudieron entre las ruinas de Jerusalén; las otras se habían dispersado por los pueblecillos de las afueras. Al Norte y al Oeste no encontraron dificultades para establecerse. Belén y Jericó y otras poblaciones habían acogido con júbilo el refuerzo inesperado que recibían. Al Sur, los edomitas, á quienes Nabucodonosor había entregado Hebrón y Judá, en recompensa de sus servicios, dificultaron el avance. Una vez tomada posesión, pensaban muchos judíos reconstruir el templo, pero se desanimaron después de erigir el altar de los sacrificios. El nuevo santuario no tenía, ni con mucho, las dimensiones del antiguo. Luego fueron apareciendo las dificultades de la empresa. La colonia tenía pocos recursos; los ricos habían seguido en Caldea dejando á sus hermanos pobres el honor de reedificar la ciudad santa. Los emi-

grantes averiguaron pronto á costa suya que Sión no era la ciudad ideal cuyas puertas están siempre abiertas para dar entrada á los tesoros del mundo. Apenas encontraban los campos con qué satisfacer las necesidades más apremiantes de la vida. La usurpación del falso Smerdis y las revueltas que acompañaron á su caída los acabaron de desesperar y suspendieron todos sus trabajos.

El triunfo de Darío los reanimó algo. El año II de su reinado, cuando sitiaba á Nadintaobel en Babilonia, surgieron los dos profetas Haggai y Zacarías. Shesbazzar había muerto, y administraba á los judíos por cuenta de los persas, un príncipe de la familia de David llamado Zorobabel, cuidando de sus intereses religiosos el pontífice Jeshua. Se emprendieron nuevamente las construcciones, pero desde la caída de Israel habitaban en las montañas de Efraim sirios y caldeos, gente de Babilonia y de Kuta, de Ava, de Hamat y de Sefarvaim, deportada en varias veces por los reyes de Nínive. Al principio no reverenciaban á Jehovah, pero el rey asirio les envió sacerdotes prisioneros que les enseñaron é instituyeron á su vez sacerdotes procedentes de la masa popular. Cuando supieron que se iba á reedificar el templo se pusieron muy alegres, y solicitaron de Zorobabel permiso para tomar parte en sus trabajos. Medio siglo antes, su petición habría sido bien acogida, pero los judíos desterrados no tenían á las divinidades paganas el mismo afecto que los judíos de otros tiempos. Zorobabel rechazó las proposiciones de aquellos kutenses que juntaban con el nombre de Jehovah los de Adramelec, Nirgal, Tartak y Anamelec, antiguos dioses suyos. Agraviados éstos por la negativa, se esforzaron por estorbar la obra para la cual no se admitía su ayuda, y la denunciaron á los persas como perturbadora de la paz del imperio. Darío, enterado de cuanto ocurría por el gobernador de Siria, dispuso que se cumpliera lisa y llanamente el decreto de Ciro y á los cuatro años se había terminado el templo.

Inmediatamente desapareció Zorobabel. ¿Murió en paz á la sombra del santuario restaurado? ¿Se vió obligado á regresar á Babilonia? Haggai lo había llamado salvador de Israel y semejante predicción era suficiente para hacerlo sospechoso, de traición ante los persas, y para motivar su llamada á Babilonia. Entonces quedó Joshua solo encargado del gobierno. El influjo del sumo sacerdote se había acrecentado durante el des-

tierra. No era ya únicamente el jefe de los grandes sacrificadores, el primero entre sus iguales, sino el pontífice supremo. Aparte de los descendientes de David, era el que ocupaba el lugar más elevado en los consejos de la nación. Así se creó la dignidad pontifical. La composición de la colonia judía hacía más fácil esta transición. El número de personas adscritas al templo por un vínculo cualquiera era muy considerable y la condición del cuerpo sacerdotal se había transformado. Ezequiel fué el primero en declarar que únicamente disfrutarían del privilegio de consagrarse al altar, los hijos de Sadok, cuya ortodoxia nunca se había quebrantado, y excluyó del sacerdocio á los hijos de Leví, relegándolos á funciones secundarias. De este modo se hizo al volver del cautiverio y por primera vez se separó á los sacerdotes de los levitas. No les agradó á éstos la degradación. Sólo consintieron en abandonar á Babilonia 64 levitas, pero aparte de éstos los chantres, los porteros y los descendientes de esclavos sagrados, componían una corporación de 5.000 personas, ó sea la octava parte de la población total, y á Jeshua le costó poquísimo trabajo proclamarse jefe de la comunidad.

Sucedióle primero su hijo Joaquín y luego su nieto Eliashib. Su poder, restringido en la esfera política por la vigilancia de los sátrapas de Siria, era de los más extensos en materia civil y religiosa. Por pura condescendencia consultaba el pontífice á los sacerdotes de alta categoría, á los jefes ó á la asamblea, en casos importantes. Jerusalén vegetó más bien que vivió bajo su autoridad. Lo que se había esperado de Jehovah era tan extraordinario y los profetas habían prometido tanto en su nombre, que, al ver que la realidad no respondía á las esperanzas, se apoderó de los espíritus una especie de desaliento. El Deuteronomio seguía teniendo fuerza de ley, pero aunque estaba en vigor hacía un siglo, no había logrado dominar en el corazón del pueblo. Los matrimonios llevados á cabo con mujeres filisteas, moabitas y kuteas, seguían alterando la pureza de la raza. La lengua antigua iba desapareciendo poco á poco y se podía prever el momento en que la pequeña familia judía perdería, si no su religión, su individualidad.

La salvación vino de Babilonia. Los desterrados que en ella quedaban, lejos del único santuario cuya legalidad reconocían, habían tomado la costumbre de reunirse los sábados y

edificarse mutuamente con la oración común la lectura y la predicación. La sinagoga establecida donde había suficiente número de ellos, impedía que los absorbieran los paganos que los rodeaban. Salvado el principio de la religión, no se habían cuidado mucho de preservar sus formas externas. Ezequiel había introducido el ritual en su plan de restauración, mas sus ideas no habían sido muy del gusto de sus contemporáneos; pero triunfaron en cambio con la generación siguiente y formaron la regla en que se inspiraron los doctores de Judá. En tiempo de los reyes, el templo de Jerusalén había tenido sus leyes propias que determinaban con pormenores las ceremonias todas del culto, las relaciones de los sacerdotes entre sí y con los laicos, pero estas leyes, transmitidas oralmente de siglo en siglo, no estaban escritas generalmente é iban cayendo en desuso por falta de templo en que aplicarlas. Los sacerdotes las recogieron y coordinaron, y profundizaron su sentido y orígenes. Era aquél un trabajo minucioso y prolijo, pero la mayor parte estaba hecha á mediados del siglo v y consignada en un libro especial, llamado *Libro de los orígenes*. Era á la vez un Código y una historia, pero la historia no suele servir más que para justificar las leyes con una especie de exposición de motivos.

Los principales textos de la ley, á la cual sirven de marco los relatos, fueron atribuidos desde entonces á Moisés, pero no como en el Deuteronomio á Moisés moribundo, sino á Moisés jefe de pueblo y de ejército, en el desierto de Sinaí. Muchos de tales textos son análogos á las prescripciones de la Thora deuteronomica y prohíben la idolatría, el sacrificio de los niños, el adulterio, el incesto, el fraude en los pesos y medidas; pero la mayor parte de ellos se refieren á la organización del culto, que se hace más obligatorio que antes, previendo los más nimios pormenores de sus ceremonias.

Los sacerdotes que vivían en Caldea no pudieron pensar en aplicar ellos mismos tal legislación. Durante algunos años se conformaron con revisar su obra, aumentada é interpretada de palabra y por escrito. No pudiendo ser sacrificadores, se hicieron doctores y escribas. Cuando no les bastó la teoría y quisieron pasar á la práctica, encontraron dificultades en Jerusalén. Mostrábase el pueblo poco inclinado á pagar el diezmo, á observar con regularidad los ritos, á cumplir deberes religiosos, el principal de los cuales

parecía ser la obligación de mantener un clero numeroso. Los sacerdotes, contaminados por la relajación general, sólo ofrecían á Dios víctimas de deshecho, tratándolo con la misma malicia con que á ellos los trataban los hombres. Un profeta les había pedido cuenta de su conducta en nombre del Eterno, pero la voz de Malaquías ó Esdras no despertó eco alguno en Israel. Seguían siendo frecuentes las relaciones entre los judíos que habían vuelto del destierro y los que permanecían en el extranjero. Sobre 385, uno de éstos, llamado Nehemías, que pertenecía á una familia poderosa y era copero en la corte de Artajerjes, sintióse conmovido por las desdichas de Jerusalén y decidió implorar la piedad del rey en favor de sus correligionarios.



Cilindro mágico (Babilonia).

El rey le concedió permiso para ausentarse de Susa, ir á Judea, cortar en los bosques reales la madera necesaria, y reconstruir el castillo, las murallas y la casa-gobierno de Jerusalén. No convenía esto á los enemigos de Judá, y sus jefes Sanballat de Bethhorón y Tobiyah el amonita pusieron cuanto estaba de su parte para entorpecer la ejecución del proyecto. Nehemías burló sus maquinaciones y después de estudiar secretamente el terreno, comunicó á los jefes del pueblo las órdenes que llevaba. El trabajo, repartido entre las familias, se terminó en cincuenta y dos días. Estuvo allí Nehemías doce años y en este tiempo prestó á los suyos grandes servicios, para lo cual le sirvieron de mucho sus funciones íntimas cerca del rey y su título de gobernador. En 372 volvió á Babilonia y continuó protegiendo á su pueblo desde la corte del soberano.

Faltaba llevar á cabo la reforma religiosa. Había entonces en Babilonia un tal Esdras, hijo de Seraiah, doctor hábil, consagrado á estudiar

la ley de Dios, á practicarla y á enseñar sus reglas. Su renombre de sabio y de súbdito leal era tan grande, que el rey le dió su venia para que fuera á inspeccionar á Judá y Jerusalén y nombrar magistrados y jueces para los judíos. Tres de las tribus que aún quedaban en Babilonia, 1.496 individuos del pueblo, 38 levitas y 220 servidores del templo le acompañaron. El éxodo duró cuatro meses. Llegados al término del viaje, se enteraron los emigrantes con pena de que Israel (incluyendo á sacerdotes y levitas) no se mantenía apartado de las demás gentes del país. Se habían casado con mujeres de raza impía y los jefes y magistrados habían sido los primeros en dar ejemplo de tal crimen. Esdras dió grandes señales de ira y sentimiento, y de noche, en el momento de la ofrenda, cayó de rodillas y con las manos levantadas al cielo, confesó las faltas de su pueblo.

Su emoción se transmitió á los circunstantes, y Shekaniah, hijo de Jehkiah, le preguntó si quedaba alguna esperanza á los hijos de Israel, proponiéndole celebrar un nuevo pacto con el Señor despidiendo á las mujeres

de raza pagana y á sus hijos. Esdras se apresuró á aceptar la proposición, tomó juramento á jefes y sacerdotes, se retiró al templo á ayunar, y luego, convocó á todo Judá en el plazo de tres días, so pena de confiscación de bienes y exclusión de la comunidad para quien no acudiera al llamamiento. Reunido el pueblo el día fijado, Esdras se levantó, denunció las faltas cometidas y les mandó separarse de las mujeres de raza impía. Sólo dos hombres protestaron contra el proyecto, apoyados por un jefe y un levita. Los demás consintieron, y solicitaron un plazo de pocos días, que se les concedió. Dos meses después se había consumado la separación.

Un año más tarde creyó Esdras la ocasión oportuna para promulgar la constitución religiosa que habla de convertir á Judá en el mejor servidor de Dios. El primer día del séptimo mes reunió al pueblo en la plaza de Jerusalén. Comenzó Esdras la lectura del libro, y después de enunciar cada título, levitas coloca-

dos de trecho en trecho interpretaban y desarrollaban las fórmulas en lenguaje familiar, para que todos las entendieran. La larga enumeración de faltas y expiaciones, las amenazas contenidas en ciertos capítulos aterraron á la muchedumbre, tanto como habían aterrado á los contemporáneos de Josías las maldiciones del Deuteronomio. Tales fueron las manifestaciones de desesperación, que Esdras y los levitas instructores tuvieron que calmarlas. Esdras cuidó de que no decayera el primer entusiasmo y al día siguiente convocó á jefes y levitas para reglamentar el orden de las fiestas próximas.

Siete días duraron éstas, y el 27 del mismo mes se vistió de luto el pueblo para confesar sus pecados y los de sus padres. Esdras les hizo jurar que respetarían en lo sucesivo la ley de Moisés, que no darían sus hijas á extranjeros, ni tomarían las de éstos; que no les comprarían nada en sábado ni en otro día consagrado y que cada siete años descansarían las tierras y se perdonarían las deudas. Impusieron también la obligación de sostener las cargas del culto y la de llevar anualmente al templo las primicias de campos y árboles frutales, y los primogénitos de personas y ganados, abonando además el diezmo á los levitas.

La reforma tropezó con bastante resistencia. Mucha gente, sacerdotes y profetas inclusive, entendieron que los reformadores habían empleado medios demasiado violentos, que la expulsión de las mujeres extranjeras era imprudente y que el aumento de diezmos y multiplicación de sacrificios imponían cargas muy pesadas á la comunidad. La ausencia de Nehemías alentó la reacción. Tobiyah el amonita, tenía muchos parientes y amigos en Jerusalén y el sumo sacerdote Eliashib puso á su disposición una de las habitaciones del templo. Los mercaderes extranjeros y los mismos judíos profanaban abiertamente el sábado. Se abandonaba la entrega de los diezmos y las uniones prohibidas volvieron á menudear. El nieto de Eliashib se casó con una hija de Saneballat. Al regresar Nehemías, no vaciló en acudir á la amenaza y á la fuerza para restablecer el derecho. Los mercaderes indígenas y tirios no pudieron entrar en la ciudad los sábados. El mobiliario de Tobiyah fué sacado del templo y se purificaron las partes de éste próximas á la habitación donde aquél había estado. Los maridos de las mujeres extranjeras fueron tratados ásperamente. Los que no esta-

ban conformes con esto se vieron obligados á expatriarse. La lucha prosiguió y algunos años antes de la conquista de Alejandro, Manasés, miembro de la familia pontifical, que se había casado con la hija de otro Saneballat, tuvo que marcharse de Jerusalén. Los samaritanos le acogieron y fundaron para él en el monte Garizim un santuario de Jehovah, rival del templo de Jerusalén. La oposición, sin embargo, se iba debilitando. Las generaciones nuevas, enseñadas desde la infancia á doblegarse ante la voluntad de Dios manifestada en la ley, llegaban á aficionarse por instinto á las prácticas y prescripciones que parecieron severas á sus antepasados. El antiguo Israel se transformaba; se había borrado la idea de realeza y el don de profecía desapareció. El profeta, arrastrado siempre por la imaginación y el entusiasmo, no podía subsistir en un mundo donde estaban definidos previamente todo movimiento y casi toda idea y fué reemplazado por el legista ó el escriba, hábil para explicar los textos sagrados, y adivinar su sentido abstracto.

La raza iba haciéndose más numerosa. La dispersión favorecía su desarrollo, y la mayor parte de los hijos de Israel, convertidos en extraños para sus hermanos, no podían participar materialmente de los ritos que consagraban la unidad nacional. Las leyes y la tradición eran los únicos bienes que quedaban á los judíos de Caldea y á los de Persia y Egipto: pero leyes y tradiciones andaban dispersas en varias obras, antiquísimas muchas de ellas y poco accesibles hasta para los letrados. Los doctores que sucedieron á Nehemías trataron de reunir y unificar aquellos documentos, y trabajaron larga y pacientemente para lograrlo durante el siglo que antecedió á la conquista de Alejandro. Este conjunto de relatos y decretos divinos, completado más adelante y dividido en cinco libros, se llama hoy Pentateuco, y es una serie de fragmentos unidos casi al azar sin curarse de repeticiones y contradicciones. No se había acabado de redactar cuando cayó el imperio persa. La redacción absorbió todas las fuerzas del pueblo judío y le libró de mezclarse en la mayor parte de los acontecimientos que á su alrededor ocurrían. Cometieron los judíos, no obstante, la imprudencia de comprometerse en la sublevación de las ciudades fenicias contra Ocos y fueron castigados severamente. Cuando capituló Sidón, los nobles de Jerusalén más

comprometidos fueron desterrados á Hircania y los demás pasaron angustiosamente los años que precedieron á la conquista macedónica.

Ya no existía Asiria. Estaban pereciendo Babilonia y Fenicia, los judíos pertenecían más al pasado que al presente y únicamente el indestructible Egipto se había salvado del naufragio, y parecía sobrevivir á sus rivales tanto tiempo como los había precedido en la historia. Era la nación oriental mejor conocida por los griegos; recorríanla libremente mercaderes, mercenarios y viajeros y los relatos de Hecateo de Mileto, de Herodoto de Halicarnaso y de Helánico de Lesbos habían indicado sus singularidades. Se entraba en Egipto por Oeste, como lo hacen hoy los viajeros y negociantes europeos. Antes de Alejandro, Rakotis (hoy Alejandría) no era más que un villorrio y la isla de Faros no tenía más gloria que la de haber sido cantada por Homero. Pero á lo largo de la rama canópica se encontraban Naucratis y las poblaciones de Antilla y Arcandriópolis, que eran dependencias de ella. El verdadero Egipto empezaba en Sais, á algunas leguas más al Este. Sais estaba llena de recuerdos de la dinastía XXVI. La diosa Nit era muy hospitalaria para los extranjeros; acogía bien á griegos y persas y lo iniciaba en algunos de sus ritos secundarios, sin exigirles más que cierta discreción. Herodoto vió una noche á los habitantes, ricos ó pobres, colocar alrededor de sus casas las grandes lámparas llenas de aceite y de sal encendidas en honor de Osiris y de los muertos. Penetró en el templo del dios y asistió á las escenas de su vida, pasión y resurrección, representadas por los sacerdotes en el lago sagrado. Los teólogos no revelaban al profano el fondo de su doctrina, pero lo que le dejaban entrever llenaba de asombro y respeto á los viajeros griegos.

Como hoy, se recorrían poco las ciudades situadas en el Centro y al Este del Delta, pero se trataba de ver alguna y se adquirían noticias de las otras. Mendes adoraba á su dios en forma de macho cabrío vivo, y concedía á todos los animales de aquella especie algo de veneración. Los habitantes de Atarbequis, en la isla de Prosopitis, se consagraban al culto del toro. Cuando moría un toro se le enterraba en los arrabales, dejando fuera un cuerno ó los dos,

para señalar el sitio. Una vez al año, barcas salidas de Atarbequis daban vuelta al país para recoger los cuerpos en putrefacción ó las osamentas, que luego se sepultaban decorosamente en una necrópolis común. Los egipcios de Busiris eran de religión belicosa. Se peleaban durante las fiestas de Isis y su ardor fanático se transmitía á los extranjeros presentes. Los casios habían inventado un medio de exagerar más aún el fanatismo de los indígenas, y éstos, como hoy los musulmanes chiitas en el aniversario de la muerte de Hussein, se acuchillaban la frente. En Papremis también la batalla formaba parte del rito, pero se reglamentaba de una manera especial. Al ponerse el sol el día de la fiesta de Anhuri, algunos sacerdotes ofrecían apresuradamente un sacrificio en el templo, mientras el resto del clero local se apostaba á la puerta provisto de garrotes. Terminada la ceremonia, los celebrantes cargaban la imagen del dios en un carro, como para llevarla á otra parte, á lo cual se oponían sus colegas. Entonces intervenían los devotos, echaban abajo las puertas y la emprendían á garrotazos con los sacerdotes, que los recibían en la misma forma. Las estacas eran pesadas, los brazos vigorosos y la pelea se prolongaba, pero sin que hubiera nunca ningún muerto. Por lo menos, así lo afirmaba el clero.

Casi todas las poblaciones del Delta no tenían otra cosa digna de verse que sus templos ó sus fiestas, y á éstas afluían peregrinos de todos los puntos de Egipto, hacinados en embarcaciones, y en todos los lugares en que tomaban tierra, las mujeres al son de flautas y castañuelas, empezaban á insultar á las de la población, bailando y remangándose. En algunas de esas fiestas se bebía más vino que en todo el resto del año.

En los pantanos del litoral vivía una población especial, enemiga de las invasiones de los persas y de las visitas de los viajeros. Eran gente valiente, siempre en lucha con el extranjero, pero pobre, huraña y mal alimentada. Extrañan el aceite para quemar, no de la oliva, sino del recino común, y no bebían más que cerveza. Faltos de trigo, comían raíces ó semillas de loto, y tallos de papiro cocidos ó asados. Lo que más comían era pescado, que abundaba mucho en el Menzaleh y en los lagos próximos. La mayor parte de los extranjeros que iban á Asia ó venían de ella seguían el camino militar de

Pelusia á Dafne y Bubaste. En Kerkasorón aparecían las pirámides en el horizonte, humildes al principio, luego tan altivas que en tiempo inundaciones, cuando el valle entero no forma más que un río inmenso, las barcas parecía que navegaban á la sombra de estos colosos.

Memfis era para los griegos de entonces, lo que el Cairo ha sido para los modernos, ciudad oriental por excelencia, la representación viva del antiguo Egipto. A pesar de los desastres que la habían perjudicado en los últimos siglos, era todavía una hermosa ciudad, la más vasta del mundo con Babilonia. Las fiestas religiosas, sobre todo la del Apis, atraían millares de peregrinos. El comercio traía sin cesar grupos de extranjeros procedentes de Africa y Asia. Su puerto y sus calles debían de presentar, como hoy las del Cairo, el espectáculo de cien razas y trajes diversos, fenicios, judíos, arameos, griegos, libios; desde el sacerdote indígena de cabeza pelada y faldas blancas, hasta el soldado persa de la fortaleza de Muro Blanco y el negro del Sudán, con la cabellera engrasada, plumas de avestruz en la cabeza, anillos en orejas, nariz, brazos y piernas y calzón corto rayado, de brillantes colores. La mayor parte de los pueblos que frecuentaban la ciudad tenían cada cual su barrio particular que llevaba su nombre: los fenicios, el *campo tirio*; los carios, el *muro cario*. Había caromemfitas y helenomemfitas al lado de los memfitas propiamente dichos. Por en medio de la gente andaban vacas, carneros y cabras, porque la gente del pueblo hacía vida común con los animales.

Parecía que los egipcios se empeñaban en hacerlo todo al revés que los demás. El panadero amasaba con los pies, el albañil no empleaba ningún instrumento para aplicar el mortero, y la gente del pueblo agarraba á manos llenas el barro de las calles, mezclado con basura, para arreglar las paredes de sus chozas.



Mercader fenicio.

En Grecia, hasta el más pobre comía dentro de su casa, con las puertas cerradas, pero al egipcio nada le importaba comer en la calle, pues decía que las cosas feas se deben hacer en secreto, y las honradas en público. No solían ser escogidos los manjares: una galleta plana, de sabor agrio, no de trigo ni cebada, sino de espelta, una cebolla ó un puerro, á veces un pedazo de carne ó de ave, con un poco de cerveza ó de vino. Nada de esto era muy apetitoso para el extranjero, al cual tampoco se recibía bien si quería convidarse. El griego, comedor de vaca, era por esto muy impuro, y ningún egipcio del pueblo habría querido comer en su mismo plato, ni besarle en los labios á manera de saludo. La cortesía egipcia no admitía tanta familiaridad como la griega. Al encontrarse dos amigos, se detenían á cierta distancia uno de otro, se dirigían cortesías y hacían ademán de besarse mutuamente las rodillas. Los jóvenes cedían el paso á los viejos, y si estaban sentados se levantaban para dejarlos pasar. El viajero recordaba que lo mismo hacían los lacedemonios, y no se asombraba de estas señales de deferencia, pero sí de que las mujeres honradas fueran y vinieran solas, sin velo, por los mercados y despacharan en las tiendas, mientras los maridos tejían telas, fabricaban cacharros ó practicaban cualquier otro oficio.

Las cercanías de la ciudad, sobre todo las del antiguo barrio real, estaban defendidas por varios estanques, restos de antiguos lagos sagrados. El antiguo palacio de los Faraones empezaba á derruirse, pero la fortaleza de Muro Blanco estaba todavía animada. Encerraba en tiempo de Herodoto un verdadero ejército persa, el mismo que había sofocado la rebelión de Amirteo, el cual quedaba á la disposición del sátrapa para el caso de nueva sedición. La ciudad estaba llena de templos, y el de Phtah era una especie de museo de la antigüedad egipcia, cuyas imágenes, inscripciones y estatuas llamaban la atención de los curiosos. Los intérpretes daban explicaciones acerca de todo, y los contemporáneos nuestros que hayan tenido que emplear medio análogo, comprenderán fácilmente lo que valdrían tales datos. Los porteros ó sacristanes sabían al por mayor la historia del templo en que vivían, fundado siempre por Menes y en cuya construcción habían intervenido muchos soberanos. Relatos históricos y nombres de reyes, que recogió Herodoto, son completamente fabulosos. Con la mayor gravedad nos refiere «el padre de la

Historias» el remedio usado por el rey Ferón para recobrar la vista, las aventuras de Paris y Helena en la corte de Proteo, ó las jugarretas del hábil ladrón contra el rey Rhampsinita.

No sé si muchos viajeros tendrían facilidad ó deseo de pasar del lago Moeris. Parece que las guerras habían interrumpido el comercio regular que los griegos contemporáneos de los Saítas y de los primeros reyes persas sostenían con los oasis por la vía de Abidos. El extranjero que se aventuraba por la Tebaida se encontraba como el europeo que en el siglo XVIII pensara ir á la primera catarata. El punto de partida era el mismo ó poco menos (Memfis y el Cairo), así como el de llegada (Elefantina ó Asuar). Iguales eran los medios de transporte; las barcas representadas en los monumentos eran parecidísimas al moderno *dahabiéh*. En la misma estación del año se emprendía el viaje: en Noviembre ó Diciembre, después de retirarse la inundación. El mismo tiempo duraba la excursión: unos cuarenta y cinco días, catorce de ellos pasados en tierra. La mayor parte del tiempo se perdía en idas de un punto á otro y la necesidad de aprovechar el viento favorable obligaba á los viajeros á dejar de ver más de una población interesante. En los pocos lugares donde consentía en detenerse el patrón de la barca, los habitantes eran hostiles á los griegos. Los intérpretes, casi todos oriundos del Delta, no tenían frecuentes ocasiones de viajar por el Nilo y debían de sentirse en Tebas tan desorientados como el mismo extranjero. No hacían más que traducir las noticias dadas por la gente de la localidad, cuando ésta quería darlas.

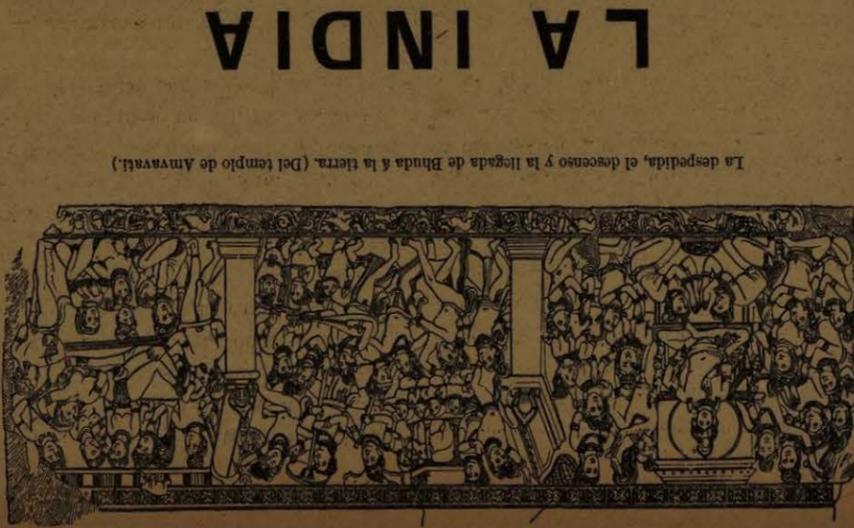
Lo que llamó más la atención de Herodoto en Panópolis, fué su templo, y los combates gímnicos consagrados á Perseo, hijo de Danae. ¿Cómo se había convertido en Perseo el dios M nu? Puede que las inscripciones nos lo digan algún día. Los intérpretes contaban que Danaos y Linceo eran de aquella población; que Perseo, al regresar de Libia con la cabeza de Medusa, se apartó de su camino para visitar el sitio origen de su raza y que instituyó, en recuerdo de su paso, juegos en los cuales recibía el vencedor, con el premio, ganado, ropa y pieles. Tebas no era más que una ciudad muerta. Los gobernadores persas no se tomaban el trabajo de restaurar los templos, y sus príncipes eran demasiado pobres ó avaros para suplir la negligencia de los dueños del país. Herodoto no dice casi nada de la ciudad

ni de sus monumentos. Hecateo la había descrito antes, y con esta descripción se conformaban los curiosos. Se limitó á hacer constar que los tebanos estaban en general conformes con lo dicho por los memfitas. Una cosa sola le interesó y le pareció digna de amplificaciones: los sacerdotes de Amón le habían contado que dos sacerdotisas raptadas de Tebas por los fenicios y vendidas una en Africa y otra en Grecia, habían sido las primeras en establecer oráculos en ambos países. También recordó lo que le habían contado en Epiro de dos palomas negras que salieron de Tebas y llegaron, una al oasis de Amón y otra á Doddua: ésta se posó en un haya, y con voz humana reclamó la fundación de un oráculo de Júpiter. A Herodoto le encantaba que la adivinación griega se enlazara con la egipcia. Creía (y así pensaban también sus compatriotas) ennoblecer el origen de los cultos helénicos, deduciéndolos de los egipcios. Elefantina era la séptima guarnición persa. Más allá empezaba el territorio de Nubia, disputado siempre entre Egipto y Etiopía. Afortunadamente para los curiosos, era Elefantina, como Asuan hoy, el centro de un comercio importante. Llenaban sus bazares etíopes de Meroe, negros del Alto Nilo y del lago Tchad, y amonianos, los cuales podían proporcionar datos de sus países. La catarata cuyos primeros peñascos dominan la entrada del puerto, se podían franquear en todo tiempo. A la salida, el Nilo formaba como un lago sembrado de islas, algunas de las cuales eran santuarios célebres que se repartían por mitad egipcios y etíopes.

No era en realidad Egipto lo que veían los extranjeros en aquellas épocas, sino el adorno exterior de la civilización egipcia. La magnitud de los monumentos y tumbas, la pompa de las ceremonias, la gravedad y amplitud mística de las fórmulas religiosas, les inspiraban respeto para lo que no veían. La cordura de los egipcios era proverbial para hebreos y griegos, y no obstante, estas hermosas exterioridades apenas ocultaban una decadencia irremediable. Al fijarse se advertía que el arte no progresaba, que las ciencias eran rutinarias, que la religión se iba degradando. La caída de las dinastías tebanas había acabado con el monoteísmo. Siendo Amón impotente para conservar la importancia de sus sacerdotes y devotos, nada significaban sus pretensiones á la realeza divina. Un dios, que no tenía

fuerzas para defender a los demás dioses, no era el dios único. Por otra parte, la autoridad de las dinastías siguientes a la vigésima no había durado lo suficiente para que las divinidades que las protegían, heredasen el poderío de la trinidad tebana. El feudalismo divino triunfó en todas partes a la sombra del feudalismo humano. Sin embargo, el sentimiento religioso, no se debilitó al dividirse; al revés, duplicó su intensidad y llegó a ser el único sentimiento común a todo Egipto. Nunca había sido muy fuerte el instinto nacional en los hombres de clase baja. Temiendo que pagar la contribución, lo mismo les daba que la cobraran unos que otros. Los se-

que les quedaba de su pasado.



La despedida, el descenso y la llegada de Bhuda a la tierra. (Del templo de Amwari.)

LA INDIA

LIBRO PRIMERO

HISTORIA PRIMITIVA DEL PUEBLO ARYA-INDIO HASTA LA APARICIÓN DEL BUDHISMO

CAPITULO PRIMERO

Epoca primitiva de los arya-indios.

El pueblo arya primitivo: el país, su lengua y sus tradiciones.— Los dioses de los antiguos Vedas.— Religión, moralidad y culto exterior de los indios aryas.

Los escritos más antiguos de los indios primitivos; el país, su lengua y sus tradiciones. sólo contienen algunos indicios muy vagos de la patria primitiva de este pueblo. Parece que inmigró de otra región a la India en época remotísima. Sus poetas más antiguas son himnos sagrados, que cuentan los años por inviernos, y esto indica que este pueblo vivió antes en un país más septentrional. Mann, el padre del pueblo aryo, sobrevivió, según una tradición, a un diluvio universal y cuando las aguas bajaron atravesó las montañas que limitaban la India hacia el Norte, donde se hallaba el país de los *uttara-kuru*, o sea de los bienaventurados que vivían libres de toda opresión, sin leyes que coartaran su libertad, rigiéndose por costumbres antiquísimas y libres de invasores, por lo que ningún mortal podía poner los pies en aquel país.

Antes que los germanos se establecieran en la Germania, los griegos en Grecia y los itálicos en Italia; antes que los celtas emigraran al Occidente de Europa y los eslavos al Oriente, creese que todos estos pueblos ocupaban unidos con los iranos é indios una región templada, pero con inviernos crudos, en el centro del Asia, probablemente allí donde nacen los ríos Oxos y Yaxartes, y desde allí se extendieron hacia el Norte y Este.

Creese hoy que este país era la Cachemira, que encerrada en un círculo de altas montañas estaba habitada en época primitiva por un pueblo arya. Estas leyendas y tradiciones son iguales a las de otros pueblos; pero no sucede lo mismo si se compara el aspecto físico de los indios aryas con el de otros habitantes de la India, que son considerados como los autóctonos de aquel país. Los aryas tienen la tez muy clara, mientras los otros la tienen muy obscura, a lo cual se agregan la diferencia completa de lenguas y religión, y la antiquísima civilización de los aryas junto al estado salvaje de los pueblos de color de la India. Además la tradición de aquellos los hace inmigrar de una región de aquéllos los hace inmigrar de una época remotísima. Sus poetas más antiguas son himnos sagrados, que cuentan los años por inviernos, y esto indica que este pueblo vivió antes en un país más septentrional. Mann, el padre del pueblo aryo, sobrevivió, según una tradición, a un diluvio universal y cuando las aguas bajaron atravesó las montañas que limitaban la India hacia el Norte, donde se hallaba el país de los *uttara-kuru*, o sea de los bienaventurados que vivían libres de toda opresión, sin leyes que coartaran su libertad, rigiéndose por costumbres antiquísimas y libres de invasores, por lo que ningún mortal podía poner los pies en aquel país.